

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

EL INTERÉS COMO PRINCIPIO SOCIAL.

III.

Entre las facultades del hombre y su objeto, entre los servicios y su recompensa, entre los medios y el fin habia en otros tiempos cierta homogeneidad y correspondencia que clasificaba en distintos órdenes las ideas y las cosas, de suerte que ni los caminos se cruzaban ni las esferas recíprocamente se invadían. A los trabajos del entendimiento servían de premio los goces del entendimiento mismo y los adelantos de la ciencia; á las obras del genio, á las hazañas del heroísmo, á los desvelos de la beneficencia, el aplauso, la admiración, la gratitud de sus semejantes; á las virtudes el testimonio y satisfaccion de la conciencia ó la esperanza de una corona inmortal: los servicios se correspondían con servicios, los afectos con afectos, la moneda era del mismo cuño y ley que la obra retribuida, y nadie pensó jamás que la materia tomara á su cargo la paga del espíritu, ni el interés el del amor. Lo bueno, lo grande, lo bello, lo sublime y aun lo agradable se hallaban profundamente deslindados de lo útil, ni lo útil era sinónimo de *lucrativo*; los cálculos estaban en contraposición con los principios y sentimientos; y no solo las virtudes sino las pasiones mismas restringían y coartaban los materiales apetitos de la codicia. Había un orden intelectual, un orden moral, y hasta un orden social, en cuyas fronteras perdía el di-

nero todo su valor y representación legítima; y si bien á veces se infiltraba en ellos su perturbadora influencia, era en virtud de un abuso subrepticio y no de un principio sancionado. Bienes habia que no estaban á su alcance, objetos no sometidos á su circulación, vallas insuperables á sus esfuerzos; y de consiguiente el círculo de sus adoradores exclusivos se limitaba á las gentes predominadas por las ansias de la avaricia ó por los goces de la opulencia.

Ahora empero, hecho universal el poder del oro, y estendida su acción por donde quiera, también su culto se ha hecho universal. Puesto al extremo de todos los caminos como la satisfacción de todas las facultades, como el logro de todos los objetos, atrae cual á un centro común los deseos, tendencias y miras de los hombres; y los espíritus harto generosos ó vehementes para buscarlo y acatarlo por sí mismo, lo buscan y veneran por lo que representa y promete conseguir. A su omnipotente mediación se acude, cualquiera sea el afán ó necesidad que nos trae acuciosos y desvelados; al pié de sus aras se deponen todas las peticiones y votos; su favor es un salvo conducto para cualquier tentativa, una llave para cualquier puerta, una varita mágica eficaz para arrancar de raíz las montañas, colmar los abismos y obrar las transformaciones más estupendas. Por todas partes se va allí, y desde allí se va á todas partes. Y ved ahí como su valor ha crecido al mis-

mo paso que su eficacia, porque su circulación ya no se encierra dentro de una esfera reducida, ya no sirve solo de instrumento para objetos *positivos*, de pábulo á las almas vulgares, de medio para conveniencias ó ventajas materiales. Al gran mercado han sido traídos para consumo de las personas de mejor gusto é inteligencia los placeres mas esquisitos, las distinciones mas lisonjeras, los encantos de la gloria, la fuerza del poder; allí entre las mercancías de abasto figuran patentes de sabiduría, diplomas de nobleza, honores, dignidades, elogios, reputaciones; y el precioso metal toma innumerables formas, se acomoda á cualesquiera gustos, lisonjea las mas opuestas inclinaciones, y disfraza con el mayor refinamiento y delicadeza en sus atractivos el mezquino cebo que solo podria tentar desnudamente á la sensualidad grosera, á la vanidad ostentosa ó á la estéril manía de atesorar.

Así el oro ha venido á ser el símbolo, no solamente de la fortuna, sino del poder, de la inteligencia, del merecimiento, de las cualidades morales y de las facultades del espíritu, marcando en el individuo la medida de su capacidad y la tarifa de sus servicios sociales. *Tanto vales cuanto tienes* no es ya solamente un refran exacto en la práctica, sino un axioma inconcuso en teoría. Y efectivamente donde todo se paga, el poco precio arguye poco valor y estima, puesto que el crédito de las mercancías se mide por su calidad intrínseca y por su mayor ó menor consumo, y si por circunstancias eventuales ó por el capricho de la moda obtienen un favor pasajero ó un desden inmerecido, bien pronto les hace justicia la experiencia. Por esta balanza mercantil se pesa la utilidad de las cosas y la escelencia de los hombres, se gradúa la importancia de sus funciones, se conserva el equilibrio entre las carreras, ó se restablece naturalmente si por un momento lo turba una escesiva afluencia de aspirantes á alguna en particular. El escritor y el literato que consideran como un capital su talento, ven representado el caudal de este en los réditos mas ó menos pingües que proporciona; y co-

locando su mérito en la aceptación pública y la aceptación en el despacho de sus géneros, nada omiten para merecer la una y fomentar el otro á despecho de sus principios, de su conciencia, de su gusto particular, halagado por el interés al mismo tiempo que por el amor propio. Los puestos cobran todo su prestigio y realce de los salarios, no representan cargas sino beneficios, no deberes que cumplir sino provechos que sacar; y una vez obtenidos, no importa por qué medios, recomiendan el vigor ó la habilidad del que supo escalarlos. La grandeza consiste en los títulos, la elevación en las categorías, el honor en los honores, la gloria en una vocinglería hueca y mercenaria, el aprecio y la consideración social en el dinero. Ninguna fe literaria, ninguna fe política sino en el enriquecimiento, norte fijo entre las fluctuaciones que produce la veleidat de la opinion, la sucesión de los sistemas y la eterna vicisitud de las cosas. A fuerza de encontrar por todos lados la industria, el saber, la actividad, el talento, el poder, la influencia, el arraigo y tal vez la probidad misma materializadas en las riquezas, se ha formado la idea que fuera de estas no podian existir aquellas dotes como causas sin efectos ó accidentes sin sustancia; y la pobreza en la fortuna, la moderación en los deseos imprimen hasta cierto punto un carácter infamante de esterilidad ó holgazanería, de nulidad, impotencia ó apocamiento.

No ya á la luz de la moral evangélica, sino á los ojos mismos de una filosofía discreta y previsora, se descubre la falsedad repugnante y desastrosas consecuencias de situación semejante. La abyección á que reduce al hombre, la confusión que introduce en las nociones eternas de verdad y de justicia, las envidias y desórdenes que siembra, la terrible fermentación que escita, los males y absurdos que sanciona ¿quién no los adivina, ó por mejor decir, no los palpa ya con la mano? Cuando la riqueza no lo era todo, cuando no se sometian á su piedra de toque los quilates del mérito é importancia de cada cual, cuando existian otros títulos de consideración é influencia en la sociedad y otras esferas de am-

bición, placer y vida, repartiéndose por ellas los hombres según su posición y carácter, contentándose con la suerte que el nacimiento ó su elección propia les había deparado, y miraban como un capricho de la fortuna ó disposición de la Providencia lo que hoy se proclama patrimonio de los hábiles y de los fuertes. El brillo de la gloria suplía en unos por el lustre de la cuna, los tesoros del saber en otros por el fausto de la opulencia, el descanso y modestia de la vida por los cálculos de la avaricia; de esta suerte las fuerzas sociales se equilibraban y templaban mutuamente, y para todos había lugar, alimento y ocupación. Absorbidas al presente aquellas por una fuerza única y tiránica, por el predominio de la riqueza, ya no le queda al desfavorecido consuelo ni compensación alguna, ni siquiera el reconocimiento, ni siquiera la conciencia íntima de sus propias cualidades. «Eres grande, dirá la opinión, y no has podido elevarte! eres sabio, y no has sabido enriquecerte!» y el desdeñoso reproche lanzado á sus pretensiones, haciéndole dudar de sí mismo ó de la justicia de la sociedad, le sumirán en el abatimiento ó sublevarán su orgullo. De ahí tantas protestas, tantas rebeliones, tantas iras de espíritus enfermizos y descontentos que cada día se extinguen en el olvido, ó se abren paso al través de la oscuridad con violentas explosiones.

No, jamás la pobreza se resignará á su humillante condición si se le impone por razón de su inferioridad; y recusando la justicia de la sentencia, hará las pruebas de que también es hábil, es fuerte, es poderosa. Donde ya desconozca los designios de la Providencia, no verá sino la intriga y la opresión humana y al echar en olvido la prometida herencia del reino de los cielos, se proclamará la *desheredada* sobre la tierra y marchará á la reconquista de su patrimonio.

J. M. Q.



CONFERENCIAS CUARESMALES

POR EL PRO. D. JUAN NAURA.

CONFERENCIA TERCERA.

LA FE ESPLICA LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA.

La razón abandonada á sus propias luces, no solo nos aleja de la verdad, sino que ciega los caminos que á ella conducen, y digámoslo así, atranca sus puertas; la fe las abre de par en par. Esto dará materia á la presente conferencia, en la cual me propongo demostraros que sin los dogmas de la fe católica la razón queda sumida en las más densas tinieblas, y el mundo intelectual retrocede hácia el caos tenebroso de donde salió la creación.

Hoy me concretaré á un solo misterio, á saber, á Dios que es la fuente y origen de todos los misterios, cuya grandeza aterra á nuestra débil razón, la cual no puede fijar su vista en aquella causa primera de todos los seres sin sentirse anonadada bajo el peso del infinito. No obstante, desapareciendo la idea de Dios de nuestra mente, desaparecen con ella la verdad metafísica, la verdad moral y cualesquiera verdades; y la idea de Dios desaparece en desapareciendo la fe. Ya sé que la extinción de esta en el entendimiento humano no anda siempre acompañada de la negación de Dios, pero puede afirmarse que así sucede por regla general que cuenta muy pocas excepciones; y hasta pudiera probarse con la historia en la mano que la razón que cae de las alturas de la fe no para hasta la profunda sima del materialismo, del panteísmo ó de la duda universal, de modo que no tendría reparo en afirmar que esta es una ley del espíritu humano. Y como quiera, la incredulidad contemporánea milita en alguno de aquellos tres campos, demostrando con su proceder y conducta cuán profundamente exactas son estas palabras de un sabio (Lacordaire): «donde quiera Dios ha sido negado, lo ha sido en nombre de la razón; y en donde quiera ha sido adorado, lo ha sido en nombre de la fe.» Digo más, que en desapareciendo la fe, desaparece Dios y que sin Dios no hay verdad.

Y sinó, la razón que no cree en Dios que nos diga en qué consiste la verdad. Si no existe una razón suprema, personal, eterna é infinita, si no existe otra razón que la humana, yo no puedo concebir que la verdad sea otra cosa que una mera abstracción de nuestro entendimiento; y desde el instante en que así lo imagino, veo que el soberbio edificio de las ciencias, aun el de las naturales y

exactas, falto de base se desploma con estrépito ruidoso, y todos los conocimientos humanos van á perderse en el vacío inmenso de la duda. Si no existe otra razón que la humana, la verdad, rico patrimonio de nuestro entendimiento, ó bien ha sido producto de la misma razón, ó bien nos ha sido comunicada por los objetos del mundo externo con los cuales estamos en relación por medio de los sentidos. Y si así es, no hay verdad absoluta, sino que toda verdad es relativa, contingente y variable, porque tales son de suyo nuestra razón y todos los demás seres del universo, y sin verdad absoluta la ciencia es de todo punto imposible. Si decís que la razón ha creado las verdades necesarias ó absolutas, entonces los principios de toda ciencia, los axiomas mismos de las ciencias exactas son creaciones de nuestra mente. Y con semejante suposición ¿adónde van á parar, á qué quedan reducidas las ciencias? Lo que hoy pasa como una verdad incontrovertible en matemáticas, mañana será un absurdo, pues se presentará un Pascal, un Newton ú otro talento de primer orden, y fundará nuevos axiomas y teoremas contrarios á los que hoy tenemos por evidentes é incuestionables.

Es una verdad, por ejemplo, que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos. ¿Esta verdad cómo la habeis adquirido? por la experiencia? No por cierto; porque la ciencia, cuando pasa á trazar sus figuras sobre el papel ó el encerado, anda en continuas suposiciones, pues no permitiendo la imperfección de los instrumentos una rigurosa exactitud, tiene que suponerla á cada paso; y además nadie ha examinado todos los triángulos existentes y mucho menos los posibles. ¿Cómo, pues, con la sola experiencia pudiera la razón hacer el tránsito de lo particular á lo general? cómo del exámen de un triángulo pudiera deducir una ley general que comprendiese á todos los triángulos existentes y posibles? Esta verdad, pues, no nace de la experiencia; ¿de dónde nace? de la esencia misma del triángulo? Pero ¿y quién ha creado el triángulo? Direis que la naturaleza nos lo suministra; pero la naturaleza solo nos ofrece casos particulares que nuestros instrumentos no alcanzan á medir con precisión y exactitud. Y si decís que el triángulo es creación de nuestra mente, esta podrá modificarlo cómo y cuándo quiera, porque el que crea una cosa tiene poder absoluto sobre ella; así el artista tiene poder omnímodo sobre las formas de sus obras, y le tuviera sobre la materia si esta fuese creación suya como lo son las formas. Si, pues, la razón ha creado el triángulo, mañana nos presentará uno, si le

place, én el cual no se verifique que los tres ángulos sean iguales á dos rectos.

En una palabra, señores, en nuestro entendimiento existe un mundo ideal, distinto del mundo corpóreo y en cierto modo independiente de él, y que en manera alguna puede suponerse creado por nuestro espíritu. Así, continuando el mismo ejemplo, el sentido de la vista me trasmite la impresión de una figura que los hombres han convenido en apellidar triángulo. Una vez recibida esta impresión, una vez formada la idea del triángulo, puedo cerrar los ojos al mundo material, y sin necesidad de recurrir á él puedo hacer brotar de aquella idea otras mil maravillosamente enlazadas unas con otras. Estas ideas y la fuerte trabazón con que se unen ¿quién las ha creado, señores? el hombre? No, porque en tal caso pudiera el hombre destruirlas. La naturaleza? mucho menos, porque la naturaleza solo nos ofrece cuerpos, no ideas: una cosa son los cuerpos que fuera de nosotros existen, y otra muy distinta las ideas. Estas forman un mundo aparte, mundo bello, magnífico, sublime, encerrado aquí en los vastos espacios de la mente. ¿Quién, pues, repito una y mil veces, quién ha creado ese mundo de las ideas?

Ah! señores, os decia en la última conferencia que las ciencias tienen misterios; ahora añado que las ciencias son, no ya un misterio, sino un absurdo desde el momento en que desaparece la idea de Dios de nuestra mente. Pero si existe Dios, si existe una razón eterna, personal é infinita, todo se explica perfectamente: todas las verdades residen en esta razón augusta y soberana, la cual las refleja en nuestro entendimiento en el grado é intensidad que á su voluntad libre le place. Por eso Santo Tomas define la razón humana diciendo que es una participación, un reflejo de la razón eterna. Y San Juan nos dice que Dios es «luz verdadera que ilumina á todo hombre:» *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum* (Joan. cap. I. v. 9.) Puede que el entendimiento estrechado en este círculo sin salida responda: «sea así enhorabuena, convengo en que no existiendo una razón suprema las matemáticas no están fundadas en base tan sólida que pueda resistir todos los embates del raciocinio; pero ¿qué importa? Tanto si las suponemos sólidamente basadas, como no, el resultado para nosotros es el mismo: la ciencia en tranquila posesión de sus principios recorre sin obstáculo ni contradicción los vastos espacios que de día en día se abren á los afanes de la actividad y del ingenio.» Pero ¿sabeis porqué así sucede, señores?

Porque en nuestra alma reside un fondo de buen sentido de que nunca nos despojamos totalmente; reside una fuerza poderosa que nos retiene cuando los extravíos de la razón nos han arrastrado hasta el borde del abismo; y á esta fuerza se debe que la funesta lógica del error no llegue nunca hasta su última consecuencia. También nosotros pudiéramos decir, que una vez establecidas las negaciones de la incredulidad, debiera deducirse que lo sobrenatural no existe; y no obstante el género humano cree en lo sobrenatural: debiera deducirse que no hay Dios, y con todo esto el hombre cree en él y le adora. ¿Sabeis, repito, por qué no se pone en duda la verdad de las matemáticas? Porque no hay interés en hacerlo; desde el momento en que el interés de las pasiones se combinase con el error, no lo dudeis, las matemáticas fueran negadas, como lo son los misterios de la fe. Y como quiera que sea, esto no destruye la exactitud de lo que dejamos asentado, á saber, que negado Dios desaparece la verdad y el edificio de las ciencias queda flotando en el aire.

La Mennais refiere en su *Ensayo sobre la indiferencia* que al célebre médico Barthéz, cuando estaba próximo á la muerte, se le acercó un sacerdote y le dijo: «Con qué! Mr. Barthéz, en ninguna parte habeis encontrado la certeza, ni aun en las matemáticas? En las matemáticas, respondió Barthéz, veo una serie de consecuencias perfectamente encadenadas unas con otras, pero la base de estas consecuencias no acierto á descubrirla en ninguna parte.» (La Mennais, *Essai sur l'indiff.* vol. 1.^{er}) Y no lo extraño, señores, porque Dios es la base de toda verdad y de toda ciencia, y por lo mismo una vez que se niega á Dios, la inflexible severidad de la lógica no permite descubrir en el fondo de nuestros conocimientos otro punto de apoyo que la flaca razón humana; y si el alma quiere hacer pié en tan movedizo terreno resbala, y ella y su ciencia se hunden en el abismo insondable de la duda.

Como las ciencias poseen una verdad base que les sirve de punto de partida, así la literatura y bellas artes tienen una verdad tipo á la cual deben sujetarse todas las producciones del ingenio, las cuales serán mas ó menos perfectas segun que se acerquen mas ó menos á ese tipo ideal de belleza, que preexiste á toda concepción del entendimiento humano. ¿Este tipo es creación de nuestra mente? No por cierto; antes bien todos los esfuerzos del talento serán vanos para subir á la cumbre de la gloria, si se separa de este tipo ideal que es la guía del ingenio. Los grandes maestros del arte subieron al templo de la inmortalidad, no por haber creado el

tipo de la belleza, sino por haberse acercado á él lo mas posible. Si negais á Dios, decidme, ¿en dónde colocais el ideal de lo bello? En la naturaleza? Ah! no, no es posible: cuando la inspiración se cierne sobre el genio y le arrebató en alas del entusiasmo por los espacios inmensurables de lo bello y sublime, el cuerpo nada ve, el mundo físico desaparece de su vista, y el alma trasportada á regiones puramente ideales, permanece estasiada ante una belleza sublime, que es superior á cuanto los torpes sentidos nos trasmilen. La naturaleza puede prestar, es verdad, grandes auxilios al artista; pero, notadlo bien, las bellezas mismas que esta nos presenta son juzgadas por ese tipo que preexiste á ellas en nuestra mente. Si pues suprimís á Dios, la belleza en literatura y bellas artes es pura creación de nuestra mente, y esta podrá prescribir, si le place, que el tipo de la belleza y del buen gusto esté de hoy en adelante representado por el mónstruo horrible y ridículo que nos pinta Horacio en su renombrada carta á los Pisones. ¡Oh incrédulos! decís que el sentido comun se rebela contra semejante suposición y la rechaza indignado? No importa; esta es la lógica, y si no admitís otro Dios que la razón, necesario es que hinqueis sumisos la rodilla y humilleis con reverencia vuestra frente ante el dios duda y el dios absurdo!

Si, señores, desde el momento en que se niega á Dios, lo mas racional, lo mas lógico, si en tal caso esta palabra puede significar algo, lo mas lógico, repito, es la duda universal. «Porque los errores, dice un célebre orador (P. Felix), están enlazados unos á otros como los anillos de una cadena, y cuando un hombre ó un siglo coge uno de esos anillos tiene que recorrer la cadena entera, marchando así, de error en error, desde el infinito hasta la nada». Así es que los errores mas abstractos y que á primera vista parece no traspasarán nunca los límites puramente especulativos, tienen inmensa trascendencia y resultados muy funestos para el hombre. El no señalar á nuestros conocimientos otra base que la razón parecerá á primera vista un error indiferente, pero no es así: se ha cogido el primer eslabon de la cadena, estad seguros de que se recorrerán todos desde el primero hasta el último. El error traspasará los límites en que parecia estar encerrado, y despues que habrá conseguido arruinar las verdades metafísicas arruinará las morales: la virtud y el vicio, el bien y el mal serán palabras vanas que por carecer de significado deberán borrarse del diccionario de todas las lenguas.

Y sino, ¿por qué llamamos virtud á ciertos actos y á otros les apellidamos vicio? en qué fundamos esta distincion? en qué la razon humana aprueba los unos y condena los otros? Pero ¿y por qué en unos casos aprueba y en otros condena? Es que tiene una regla fija é invariable para juzgar de los actos humanos, y segun que sean estos conformes ó no á aquella regla son calificados de vicios ó de virtudes. Pues entonces pregunto, esta regla que guia nuestros juicios acerca de la moralidad de los actos humanos, ¿quién se la ha dado á la razon? Decís que la naturaleza nos ha organizado de suerte que una fuerza secreta, una especie de instinto nos impele á clasificar los actos humanos en vicios y en virtudes. ¿La naturaleza? ¿Y eres tú, ó naturaleza material, tú que careces de toda inteligencia, tú que obedeces ciegamente á las leyes de la fuerza, eres tú que me has dado ese sentimiento noble que constituye mi libertad moral, la mas excelente y bella de todas las prerogativas que me adornan? Ah! nó, no eres tú, yo soy superior á tí; con esa centella que oscila en mi frente, con la centella del genio puedo contrariarte, puedo vencerte y llevarte colgada de mi voluntad... ¿Será que los hombres se hayan convenido en establecer semejante distincion, ó que la razon misma la haya creado? Entonces lo que hoy es virtud, podrá mañana ser vicio; lo que hoy merece la aprobacion y aplauso de mis semejantes, podrá mañana en iguales circunstancias convertirse en objeto de odio y execracion universal.

Sí, señores, en desapareciendo Dios, todo desaparece. Recorred todas las ciencias, desde las mas especulativas hasta las mas prácticas, subid hasta sus primeros principios, buscad su base ó punto de apoyo, y si no encontráis á Dios, encontrareis la nada, y tendreis que esclamar con Barthéz: «veo una serie de consecuencias perfectamente encadenadas, pero no alcanzo la base en que estas consecuencias se fundan.» Si nuestros conocimientos no están basados en Dios, lo están en la nada, y lo que estriba en la nada, nada es; es apariencia, es ilusion, es sueño de la fantasía.

Por eso nuestra época, que prescinde de Dios, vaga sin rumbo fijo por los espacios de la duda; por eso el siglo XIX ha abortado ese enjambre de filósofos alemanes que con su *ciencia trascendental*, con su *yo y no-yo*, con lo *sujetivo* y *objetivo* han esparcido la duda sobre lo mas sencillo y elemental de la ciencia, y delirando lastimosamente se han puesto en ridículo á los ojos del simple sentido comun. Por eso en fin el siglo XIX ha dado á luz esos engendros monstruosos de libertad ilimitada y

derecho al mal, consecuencia necesaria de la duda.

Concluyo, señores, con estas notables palabras de nuestro insigne Balmes: «Cuando se llega á los principios de las ciencias ó á sus últimos resultados, estad seguros de que las ideas cristianas no os serán inútiles, y que os comunicarán alguna leccion de trascendencia; *en el edificio de los conocimientos humanos las hallareis iluminando el cimiento y la cúpula.*» (Balmes, *Filos. fund.* tom. IV, cap. 20).

HIMNO Á S. JOSÉ.

Salve, oh padre del Hijo increado!
Salve, esposo feliz de María!
Fué tu vara su apoyo algun dia,
Y hoy es cetro de gloria y poder.

Tú de pié junto al célico trono
De dó mana á raudales la gracia,
Sobre el suelo, benigno patrono,
La derramas en lluvia feraz.
Como el pan con tu Dios repartías,
Hoy su gloria contigo reparte:
Cual solia en su llanto invocarte,
A tu voz hoy sonrie su faz:

Dios en tí nos mostró de qué gracia,
De qué brillo es capaz la criatura:
Tú mostraste cuán bella, cuán pura
Subir puede á su Dios que la honró.
Tú, en quien ama el Señor nuestra raza,
Ora tú por los tristes humanos,
Como el otro José sus hermanos
Generoso ante el rey presentó.
Sin pedir á la tierra un asilo,
Sin pedir maravillas al cielo,
El Jordan recorriste y el Nilo,
Pobre, humilde, constante en tu fé.
Mas Dios era al que en brazos llevabas,
Era Dios tu tesoro, tu estrella:
Si al mortal le deslumbra su huella,
Tú mortal nuestro guia tú sé.

Dios se acuerda del tierno vagido
Que al nacer dió en tus brazos infante;
Dios se acuerda del dulce gemido
Con que tu alma en sus brazos voló.
Haz tambien que en el lecho de muerte
Nos visite Jesus soberano,
Y los ojos nos cierre tu mano
Que en tutela al nacer nos tomó.

Si en la tierra Jesus y María
A tu voz inclinaban la frente,
Ora el cielo la espera obediente,
Y tus siervos arcángeles son.
¿Y qué mucho seamos tus siervos,
Tus esclavos los hijos del llanto,
Y qué suba hasta allá nuestro canto
Cual descende á nosotros tu don?

CRÓNICA.

Dicen de Roma el 6 que el papa celebró un consistorio secreto en el que leyó una alocucion censurando á los autores de los hechos ocurridos en Roma desde setiembre, y rechazando toda idea de aceptar las garantías que el gobierno italiano se propone concederle. En dicha alocucion deplora su santidad la guerra entre Francia y Alemania y la situacion en que se encuentra Roma; recuerda la inundacion, y proclama su reconocimiento por las pruebas de adhesion que ha recibido de los fieles del mundo católico, espresando su confianza en la providencia divina. Al terminar el consistorio nombró su santidad obispos para varias sillas vacantes.

Anúnciase que el obispo de Passau ha enviado al padre santo su adhesion á la definicion del dogma de la infalibilidad pontificia.

El papa goza de excelente salud; pasea por los jardines del Vaticano en compañía de cardenales y prelados, y su presencia y actividad escitan la admiracion de los fieles admitidos diariamente á verle, oírle y recibir sus bendiciones y exhortaciones. Pio IX parece que no teme nada; tanto sabe elevarse por cima de las personas de sus enemigos, y tan inquebrantable es su confianza en Dios.

El papa está muy satisfecho de la conducta del pueblo romano y del amor que le demuestra, y los revolucionarios no cesan de hacer el elogio de los romanos, diciendo que están embrutecidos por los sacerdotes. Hablan ya hasta de que Roma no debe ser la capital, porque no es mas que un museo y un santuario de fanáticos. ¡Ojalá se marcharan!

El señor conde de Tauffkirchen ministro plenipotenciario del rey de Baviera cerca de la santa sede, á seguida de haber sido llamado á Versalles el baron de Arnim, entregó el 1.º de marzo á su santidad un autógrafo del emperador Guillermo, acreditándole cerca de su santidad como representante de la confederacion Germánica. Este es el primer acto diplomático del nuevo emperador de Alemania.

El acto del rey Guillermo es significativo. El baron de Arnim estaba disgustando á los católicos con su amistad y trato con los hijos de Víctor Manuel, de los cuales ha permanecido alejado completamente el conde de Tauffkirchen. Además no se habrá olvidado la carta del rey de Baviera al arzobispo de Munich, declarándose partidario del poder temporal del papa. Su embajador tambien lo es, y el rey Guillermo no ignora esta circunstancia al nombrarle embajador de la confederacion germánica cerca de la santa sede.

Llamamos la atencion de nuestros lectores sobre el siguiente mensaje que 56 diputados católicos de la cámara prusiana han dirigido al rey de Prusia, hoy emperador de Alemania, rogándole que vuelva por los conculcados derechos del pontífice. La importancia de este paso no puede desconocerse, y los revolucionarios de Italia lo consideran de suma gravedad. Dice así el mensaje:

«Serenísimo, potentísimo emperador y rey.—Los infrascritos, miembros de la cámara de diputados de Prusia, se acercan con fiel sumision á vuestra majestad imperial y real, para llamar su soberana atencion sobre el doloroso estado del padre santo y de toda la Iglesia católica. Nosotros hemos visto que los gloriosos hechos de los ejércitos alemanes, aliados contra las agresiones francesas, han sido utilizados con desprecio de todo derecho por una nacion extranjera, para hacer á los católicos la mas intolerable violencia y el mas doloroso ultraje. Roma, nuestra Roma, el último resto de los estados de la Iglesia está invadida, el papa despojado de su temporal dominio, y destruida la mas antigua de las potestades legítimas.

»Nosotros recordamos con gratitud las sublimes palabras con las cuales V. M., en la apertura de la dieta de la monarquía en 15 de noviembre de 1867, prometia solemnemente que su soberano cuidado se dirigia á asegurar los derechos de los católicos de Prusia con la dignidad é inde-

pendencia del jefe supremo de su Iglesia. ¡Señor! Para el pontificado no hay mas independencia que la soberania, y solamente en ella está asegurada plenamente su dignidad. Un papa destronado es siempre un papa desterrado ó prisionero.

»En este caso ocurriria lo que no puede ser indiferente á ninguna potencia: la libertad de conciencia de los católicos, que descansa en la libertad del papa, quedaria esclava, y con la herida mortal causada á sus derechos toda autoridad seria atacada en su base. La naturaleza de las cosas y el testimonio de todos los sabios lo enseñan, la historia lo confirma, y sobre todo á pesar de las promesas, lo ocurrido en los últimos meses.

»Con los sentimientos, con la persuasion y con el deseo de los católicos prusianos que nos han elegido, nosotros tenemos conciencia de que espresamos los de todos los católicos de Alemania, los cuales honran en V. M. á su protector. Plazca á V. M. que uno de los primeros actos de la sabiduría y justicia imperial sea la reintegracion de sus derechos y de su libertad. Que el nuevo día de la paz traiga la reconstitucion del dominio temporal de la santa sede, á la que ya una vez contribuyó con gran preponderancia vuestro difunto progenitor de gloriosa memoria Federico Guillermo III en el congreso de Viena.

»La gratitud del mundo católico y de todos los amigos del orden seguirá á la franca proclamacion de este principio.

»Con profundo respeto, etc. (Siguen las firmas.)

Una carta de Roma, hablando de la comision de católicos austriacos que ha ido á visitar al papa y á llevarle protestas y grandes sumas para el *dinero de san Pedro*, dice que antes de salir para Roma los comisionados fueron á ver al conde de Hohenwarth nuevo ministro del interior y presidente del gobierno de Viena, el cual les dijo que participaba de los sentimientos de que ellos estaban animados, y que Austria no faltaria á su mision respecto al poder temporal del papa, necesario á la paz del mundo.

El papa ha recibido á la gran comision de norte americanos y de las sociedades católicas de Austria encargada de entregarle 250.000 florines. Su santidad ha contestado que amaba y apreciaba al emperador Francisco José, y esperaba que sus actos estarian en armonia con sus intenciones. «Hemos visto, ha dicho, caer un trono y otro mas cercano vacila; arreciará aun mas la tempestad, pero cuando llegue el momento Dios detendrá las olas aunque valiéndose de medios humanos.»

Se ha mandado fortificar á Roma, en cuyos trabajos habrán de invertirse treinta millones de francos.

El *Univers* dice que el gobierno francés ha enviado una nota al de Florencia exhortándole á que suspenda los trabajos para la traslacion de la capital á Roma.

Aseguran que Julio Favre ha escrito á Pio IX para darle gracias, en nombre de Francia, por haber sido el único soberano que ha escrito dos veces al rey de Prusia, suplicándole que pusiera fin á la guerra y escitándole á no abusar de la victoria.

Cartas de Italia afirman que entre los ministros del rey del Piamonte y plenipotenciario francés señor Arago han mediado algunas contestaciones bastante vivas. Segun parece, Arago ha reclamado en nombre de su gobierno que se le devuelva el material de guerra dejado por los franceses en Civitta-Vecchia y del cual se apoderó el gobierno florentino.

Todas las noticias que por allá corren son muy favorables á la causa de la Iglesia y del derecho. Es indudable que el gabinete de Florencia tiene en su poder documentos que atestiguan el afecto que Thiers profesa á la santa sede, y que el jefe de la república francesa ha dado á sus embajadores instrucciones muy poco agradables para Víctor Manuel y sus ministros.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

EL MISTICISMO EN EL ARTE CRISTIANO.

A la riqueza de la materia, que en el gusto bizantino, primera época del arte propiamente cristiano, constituye uno de sus principales caracteres, añadió el Sr. O'Neill, prosiguiendo sus investigaciones, dos cualidades todavía más esenciales: el símbolo de la forma y lo místico del sentimiento. «El espíritu que nos ennoblece y sin cesar nos eleva, esa tendencia que nos impulsa ácia lo infinito, esa imaginación nunca satisfecha de la expresión de su tipo ideal, fué la creadora fuerza que le imprimió el indeleble sello de sus creencias religiosas. El paganismo quiso divinizar la materia, y en cierto modo lo realizó; el cristianismo logró mejor todavía, hasta el límite de que era susceptible, elevar la materia á la representación de la divinidad; y á este esfuerzo sobrehumano, como resultado de la ardiente fé del artista, se dió el nombre de *misticismo*.»

El sentimiento intermediario entre la sensación y el pensamiento, es peculiar del hombre, partícipe de la naturaleza animal por su organismo y de la naturaleza angélica por su espíritu. Ante la espontaneidad que lo indica, la reflexión que lo confirma, la razón que lo sanciona y el amor que lo alienta, desprendido el sentimiento del orden de la materia se escapa á las vanas especulaciones filosóficas, y se trasmite puro de generación en generación, como pasa impelida por el viento sobre místicas lagunas blanca nubecilla impregnada de aromas. Compuesto de dos elementos, naturalmente aspiró desde el principio á espresar el supremo; aspiró á lo infinito y absoluto, donde está la esencia de la belleza y de la verdad; quiso espresarlo ó dar por lo menos una idea de él, mas no pudo satisfacer su anhelo hasta que se le presentó por tipo el Dios humanado. En el semblante del Redentor procuró que se transparentase la divinidad, sirviéndose de la naturaleza humana como medio para espresar como objeto la naturaleza divina. Y para secundarle en esta sublime empresa, Dios dispensó al hombre una pálida centella de su facultad creadora, esa intuición inefable que se llama *genio*.

Tales fueron en resumen y en términos parecidos los principios y deducciones que sentó el Sr. O'Neill, antes de entrar á ocuparse con gran copia de erudición de las sagradas imágenes conocidas desde el origen del cristianismo. Habló de los relieves de las catacumbas, de las esculturas de los vasos sagrados y de las efigies de las basílicas subterráneas; hizo notar, indicando los motivos, que durante los primeros siglos no se ofreció á la veneración de los fieles la figura del Crucificado, que fué simbolizada largo tiempo su pasión por emblemas ó parábolas, y que aun después que se empezó á representarle enclavado se cubría con una túnica su desnudez, de lo cual citó ejemplos antiquísimos. Refirió la interesante tradición de la Verónica; y apuntó la cuestión suscitada entre los escritores sagrados, sobre

si Jesucristo por humildad había escogido una forma vulgar, ó si por el contrario, correspondiendo la belleza del cuerpo á la del alma, era el más hermoso de los mortales. Iguales dudas se ofrecían respecto de la imagen de la Virgen, de cuyo retrato se carece, pues su efigie atribuida á S. Lucas se ha averiguado ser obra de un pintor italiano del siglo IX ó XI.

«El misticismo, concluyó, es el eslabón de oro que enlaza el arte pagano con el cristiano, es el intervalo necesario entre la rígida pureza del aticismo y la variada belleza del renacimiento.»

Hoy domingo disertará D. Rafael Cabrer Pro. sobre *los casos, condiciones y maneras con que pueden y deben los católicos inmiscuirse en los asuntos de los gobiernos temporales*.

El miércoles en S. Cayetano continuará D. Juan Maura sus conferencias sobre el tema anterior.

Aunque extraña á las contiendas electorales bajo el concepto meramente político, la Asociación de Católicos de Palma no puede menos de felicitarse de ver elegidos para diputados á cortes y honrados con el sufragio de 20,325 electores de esta isla, es decir de la mitad de votantes cuya totalidad ha sido de 41,948, á los Sres. D. José Quint Zaforteza, Marqués de Campofranco, D. Manuel Sureda, D. Jorge Sansimon y D. Guillermo Verd, todos dignos miembros de la misma. La isla toda será representada por consocios nuestros; y esta vez, que á pocas provincias será dada, se ha obtenido natural y sencillamente, no solo sin acuerdo y sin esfuerzo colectivo de la Sociedad, sino sin ruidosos comités políticos fuera de ella, sin programas previos, y sobre todo sin monstruosas coaliciones, que, si acepta el ciego espíritu de partido, el espíritu católico reprueba siempre, y que la Providencia castiga muchas veces con la derrota y siempre con el desdoro. Complácenos en gran manera que la conducta seguida aquí por los votantes de dicha candidatura haya sido puntualmente la que en general recomendamos á *los partidos y á los católicos en la nueva era* (núm. 102 y 103) y que se halle ajustada al mismo criterio.

En Menorca, donde tan admirable desarrollo ha tomado nuestra Asociación, llegando á un millar de inscritos en Ciudadela y establecida vigorosamente en Mahon, por poco se ha obtenido igual triunfo á favor del Sr. D. José Martorell y Fivaller marqués de Monesterio, hijo de aquel país y brillantemente conocido en Madrid, mas que por su posición social por su talento, como distinguido literato y orador y presidente general de la *Juventud Católica*. Obtuvo para diputado 2,320 votos, 332 menos que la candidatura ministerial, y más que la republicana.

Solo nos resta suplicar á los elegidos, y así lo esperamos todos, que cualquiera sea la significación política que se les atribuya ó la actitud que crean deber tomar, sean católicos antes que todo.